



Al
hospital
se viene a
Morir

Al hospital se viene a morir

*H*ace poco más de un año hirieron a su hijo de un disparo, en una manifestación, y ella asegura que lo mataron en el quirófano de la emergencia del Hospital Central de San Cristóbal. Desde el día en que falleció, Julieta se dedicó a investigar las condiciones de su muerte, armó un expediente y ha hecho todo para encontrar una justicia que no llega.

MARUJA DAGNINO

Enero de 2020.- Mientras el 23 de enero de 2019 en Caracas el diputado Juan Guaidó se juramentaba como presidente encargado de Venezuela, en el centro de San Cristóbal la marcha opositora que había llegado a la Plaza Bolívar era disuelta a tiros por civiles armados y efectivos de las Fuerzas de Acciones Especiales (FAES) de la Policía Nacional Bolivariana. En esa balacera

resultó herido el hijo de Julieta Ovalles, quien a eso de las tres de la tarde comenzó a inquietarse.

Por primera vez Luigi Ángel Guerreo Ovalles había decidido unirse a una manifestación contra el gobierno de Nicolás Maduro. Su novia no lo pudo acompañar porque estaba trabajando y

“se fue solito”, relató Julieta a Transparencia Venezuela. Esa mañana le pidió la bendición y salió a la calle con dos mandarinas en la mano.

Como Luigi no llegaba, Julieta llamó a la novia para saber si estaba con él, pero no había sabido nada. En el momento de la balacera se había



ido la luz en todo el estado, colapsaron la señal telefónica y el internet, pero además Luigi se había ido sin teléfono ni documento de identidad. Julieta y su madre escucharon en la radio de la casa del vecino que en la concentración había dos muertos y ocho heridos, y Julieta tuvo un mal presentimiento “porque él no estaba acostumbrado a lidiar con la violencia ni las grandes multitudes. Ni siquiera iba a fiestas porque era cristiano”.

Cuando escuchó la noticia se lo imaginó atrapado en la multitud, indefenso. Agarró de la mano a su madre y se fueron al hospital. Allí pidió la lista de los muertos y los heridos, pero su Luigi no estaba. Julieta le insistió a la mujer que manejaba las listas que su hijo no llevaba documentos, y la mujer le respondió que uno de los muchachos que llegó no tenía documentos, pero lo habían identificado por la huella digital.

“Una señora que estaba allí me dijo que no había dos muertos sino cuatro, y que los tenían en la morgue”. Julieta, con la garganta trancada de miedo, se fue hasta allá y, aunque estaba cerrada la puerta, a través de la reja se comunicó con uno de los empleados. “¿Qué quiere, señora?”. “Que mi hijo no aparece y me dicen que aquí hay cuatro muertos”. El joven, dice Julieta, se molestó. Le dijo que eran solo dos muertos, y

le dio los nombres. Pero ella no se movía de allí, entonces el muchacho le preguntó si su hijo tenía brackets. Luego le preguntó si tenía cicatrices y ella le dijo que tenía la de la apendicitis. Después indagó si tenía tatuajes, y a cada respuesta afirmativa el muchacho se iba asustando. “Regresó con la foto de los tatuajes que Luigi tenía en la pierna, y los reconocí”, dijo. Lo que nunca entendió fue los hematomas de color negro intenso que tenía junto a los tatuajes. “No mire los morados, señora, mire el tatuaje”, decía apuradito.

El muchacho en ese momento ya estaba muy perturbado y regresó con una foto de Luigi que, aunque con la cara deforme por la inflamación, ella reconoció inmediatamente. Se sentó en el andén y empezó a “hablar con Dios”.

Después de haber cumplido con el trámite de la declaración en el CICPC, a Julieta le entregaron el cuerpo de su hijo golpeado al día siguiente, “con la nariz partida, la boca reventada y lleno de morados”. Una semana después, cuando había recuperado el aliento, regresó al hospital una y mil veces hasta que reunió evidencias de que su muchacho había llegado con vida al hospital, “con un orificio de bala en la axila izquierda, y los médicos y paramédicos dijeron que estuvieron luchando

por salvarle la vida hasta que los policías los mandaron a desalojar el quirófano de la emergencia”.

“El instrumentista me dijo que le habían abierto un segundo orificio para drenarle la herida, que estuvo aproximadamente una hora con vida, que murió de un paro cardíaco, negó que hubiera llegado con golpes al hospital y aseguró que había hecho lo posible para salvarlo. Pero cuando dijo eso miró hacia otro lado, y comencé a sospechar que a mi hijo le habían hecho algo en el hospital. Nada de lo que decían tenía coherencia”, balbucea con voz trémula en su acento andino.

Durante tres meses regresó al hospital y entrevistó a cuatro médicos y tres enfermeros. La cirujana le dijo que ella le apretaba la mano y él respondía. Incluso dentro del quirófano los agentes del SEBIN y del CICPC, lo estuvieron rodeando sin tregua, le confesó la traumatóloga. Y tuvo que pedirles que se retiraran para poder revisarlo. Que Luigi no tenía ningún hueso roto, le dijeron.

“Una enfermera que en ese momento estaba haciendo pasantías en el hospital me dijo que ella estaba allí cuando los funcionarios policiales le ordenaron al personal del hospital que se salieran del quirófano. Pero ya el hecho de que estuvieran los policías

armados en el quirófano es ilegal”, dice de manera categórica. El dolor es un gran maestro, dicen.

El trágico día que Julieta fue a retirar el cuerpo en la morgue le preguntó al médico forense si su hijo había muerto por los golpes o por los tiros, y él respondió que murió por “los” tiros. Y que tuvo que haber llegado vivo, porque entró a la morgue “calientico”, con una vía y un tubo. “El informe del forense ratifica que el muchacho llegó a la morgue con una vía, y también dice que murió por un tiro letal. Y si ese tiro hubiese sido antes de llegar al hospital, habría llegado muerto”, explica Julieta.

La expresión de que llegó calientico no es simple. “Por protocolo -explica Julieta- a las personas que mueren en el hospital no las llevan de inmediato a la morgue porque todavía pueden revivir. Quiere decir que se anticiparon a sacar el cuerpo de la Emergencia”.

Entre las pruebas que Julieta ha logrado recabar, incluso entre personas que grabaron la marcha, hay un video que muestra que su Luigi, después del disparo, estaba vivo.

“Cuando comenzaron los enfrentamientos los muchachos lanzaban piedras y los colectivos respondían también con piedras. Aunque estaban armados, en los videos se ve cómo los colectivos lanzaban tiros al aire o al suelo, pero nunca a los cuerpos de los manifestantes. Cuando llegaron las Fuerzas

de Acciones Especiales FAES y la Guardia Nacional Bolivariana GNB apuntando a la gente, fue que comenzaron a caer los muertos y los heridos. Y allí, en esos videos, se ve cuando hieren a Luigi y a una muchacha, a quien una bala le rozó la cara”.



“Nadie se opuso. Qué está pasando que nadie tiene corazón. Por qué hay tantos cómplices, por qué la vida de una persona, de un joven, no vale nada. Mi hijo era estudiante de Comunicación Social en la ULA y además trabajaba”.

Solo entre el 22 y 25 de enero Provea y el Observatorio Venezolano de Conflictividad Social identificaron 35 personas asesinadas en las manifestaciones registradas en Caracas y otras ciudades del país en enero de 2019. Y el Observatorio Venezolano de la Violencia contabilizó ese año 16.515 homicidios, y la tercera parte fue cometida por policías.

Luigi no solo es uno de las más de 16 mil víctimas de los cuerpos de seguridad del Estado, sino que se presume que lo terminaron de matar en el lugar donde debían haberlo curado.

Julieta ha estudiado bien el caso, está rodeada de aboga-

Hace poco más de un año hirieron a su hijo de un disparo, en una manifestación, y ella asegura que lo mataron en el quirófano de la emergencia del Hospital Central de San Cristóbal. Desde el día en que falleció, Julieta se dedicó a investigar las condiciones de su muerte, armó un expediente y ha hecho todo para encontrar una justicia que no llega.